

“¿CON QUÉ VALOR HABLAR DEL PSICOANÁLISIS?”

Iván Sandoval Carrión

abcario Freud ↔ Lacan

Junio de 2025

Quito – Ecuador

*Esto va por María Isabel y Javier
Siempre juntos los dos
Donde quiera que estén.*

El martes 9 de enero de 2024 cayó un viejo mito ecuatoriano, el de que somos “la isla de paz” en medio de un continente turbulento. Cayó -como no podía ser de otra manera- mediante la exposición visual inmediata, globalizada y a todo color en este “El Mundo al Instante”, como se llamaba el viejo Noticiero UFA en blanco y negro que ponían en nuestros cines antes de la película hace medio siglo. La imagen en vivo de los jóvenes terroristas armados, enmascarados e incautos, irrumpiendo en el canal de televisión guayaquileño se difundió inmediatamente por todo el mundo, conminándonos a asumir lo que hemos desmentido toda la vida: siempre fuimos una sociedad propicia para la violencia.

El episodio determinó que el Presidente del Ecuador decretara *estado de excepción por conflicto armado interno*, con todas las consecuencias que ello implica en un país que no ha tenido muchas “guerras” en su historia, aunque se ha malacostumbrado progresivamente a la violencia cotidiana, explícita y solapada, creciente e imparable, física y verbal, casual y letal, entre todos sus habitantes. La violencia ordinaria que hoy nos rodea y en la que participamos de manera deliberada o involuntaria, como víctimas, agentes o testigos, aquella de la que, por ser tan común, los medios ya no dan cuenta y el Estado desbordado prefiere ignorar. La violencia que nos toca cuando nos pega, le pasa al vecino o mata a nuestro hermano.

Ahora resulta que hemos estado en guerra y no nos habíamos enterado. Creíamos que eso ocurría solamente en otros lados del planeta, lejos de nuestro paraíso andino, tropical, insular y amazónico. O a lo sumo ha pasado, como guerra interna, en momentos recientes de nuestros dos países vecinos, en medio de los cuales se constituyó -o se inventó como una cuña- la República del Ecuador, hace más o menos dos siglos, gracias a nuestras gloriosas “guerras de independencia”, que aprendimos en las clases de Historia Nacional de la escuela. Orgullosos de aquellas viejas y heroicas gestas que nos libraron del “yugo español”, en las que murieron miles de antepasados nacidos en estas tierras, siempre pasamos por alto dos realidades fundamentales que tienen consecuencias actuales.

La primera es que no lo hicimos solos. Nuestros héroes criollos estuvieron acompañados o liderados por experimentados guerreros colombianos, venezolanos, peruanos, chilenos, argentinos, ingleses y hasta un irlandés, que hacen parte de nuestro Panteón nacional. En segundo lugar, esas guerras fueron financiadas con la famosa “deuda inglesa” que recién en 1976 acabamos de pagar gracias a la incipiente bonanza petrolera. Resulta curioso pensar que el entonces poderoso Imperio Inglés nos apoyó para liberarnos del Reino Español ¿Qué quería decir aquello en ese tiempo? ¿Qué significa hoy en día? Independizarnos de los españoles para... ¿caer bajo otros yugos? Esto nos lleva a una consecuencia posterior y actual: nacimos endeudados y dependientes y así seguimos, pero mantenemos la ilusión de soberanía e independencia desde hace doscientos años, a despecho de todo lo que nos ha pasado y en contra de nuestra realidad presente.

La ilusión de la completa independencia es correlativa del mito de la “isla de paz”, en nuestro caso. Una aspiración nunca lograda y seguramente imposible, igual que la pretensión del *Estado-nación* para casi todos los países del planeta, como lo plantea Zygmunt Bauman en su libro *La Sociedad Sitiada* (2007, págs. 9-34). La nación es “una comunidad humana unida por una serie de elementos comunes, como lengua, cultura, origen... y que puede tener o no la voluntad de vivir en común bajo una misma forma estatal, aunque siempre debería tener consciencia de su identidad diferenciada” (García Bilbao, 2004, pág. 967). El Estado en cambio se refiere a la organización política que integra a la población que vive en un territorio, que posee poder, autoridad e independencia y que está reconocido como país soberano en el orden internacional.

Cotejando los dos conceptos, vemos que es muy infrecuente que haya una articulación biunívoca pacífica y provechosa entre las nociones de nación y Estado. En el caso del Ecuador, para realizar el ideal del Estado-nación, deberíamos “homogenizar” las diferentes lenguas, sociedades y culturas que viven acá bajo una sola “nación” y someterla a la constitución del Estado, lo cual no es posible ni deseable. Nuestra historia republicana muestra esa heterogeneidad, que ha pasado por diferentes momentos que van desde nuestros regionalismos folclóricos hasta alguna que otra confrontación interna armada a lo largo de nuestra historia. A pesar de todo ello, habíamos podido mantener nuestro mito original, el de la isla de paz, hasta el incidente del canal de televisión, ignorando las señales que habían precedido a este episodio desde hace quince o veinte años.

En estas circunstancias, podríamos preguntarnos: “¿Qué nos pasó? ¿Cuándo ocurrió todo esto?”. Cándidos intentos por espabilarnos que me recuerdan al: “¿En qué momento se había jodido el Perú?”, que se pregunta Zavalita, el personaje del inmortal Mario Vargas Llosa, en el primer párrafo de su novela fundamental *Conversación en la Catedral* (1969/1998, pág. 17). Cinco líneas más abajo, Zavalita se da cuenta de que él se

jodió con el Perú. El drama del personaje corre en paralelo con una época azarosa y violenta causada por una de las dictaduras militares y populistas más corruptas que vivió el país del sur a mediados del siglo pasado. Acá no hemos vivido algo exactamente igual, y dependiendo de las ideologías, amores y odios particulares podríamos proponer diferentes respuestas a la pregunta de “¿En qué momento se jodió el Ecuador?”, sin obtener un consenso, salvo en el hecho de que buena parte de la violencia cotidiana y letal que hoy vivimos se debe a la infiltración progresiva del narcotráfico internacional en casi todas las instancias de nuestro Estado y de nuestra sociedad, desde el comienzo del siglo XXI.

Pero, ¿qué responsabilidad tenemos los ecuatorianos comunes en esta explosión que nos azota? Porque el narcotráfico mundial no podría haberlo conseguido sin algún grado de colaboración activa o inadvertida de los habitantes de este país, del Estado ecuatoriano y de sus instituciones. ¿Qué nos hizo aquiescentes a la invasión y el dominio de las grandes mafias mundiales del tráfico de sustancias? Debe ser algo presente en ciertos rasgos que más o menos compartimos en nuestra vida social, económica y política. Pensando en ello, recuerdo a Fernando Díaz-Plaja, agudo y original historiador y sociólogo español, que en 1966 publicó su best-seller *Los españoles y los siete pecados capitales*, un ocurrido y extenso estudio sobre las costumbres de su pueblo en relación con los pecados capitales del cristianismo: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Los viajes del autor y el dominio de diversas lenguas lo llevaron posteriormente a escribir sobre el mismo tema en relación con los franceses, los norteamericanos, los alemanes y otros. No estoy en capacidad de proponer algo semejante en relación con nuestro país, por ello más bien hablaré de *las siete pasiones fundamentales de los ecuatorianos*, que nos han convertido en cómplices y colaboradores involuntarios de la violencia que hoy vivimos por parte de fuerzas que hoy creemos extranjeras, que es más o menos la misma violencia que siempre hemos practicado entre nosotros, de diversas maneras. Así, estas pasiones fundamentales que sufrimos y gozamos serían las siguientes:

Ignorancia. Además de un no saber, se trata, sobre todo, de un no querer saber más allá de las apariencias y de la inmediatez. Quedarse en la superficie meramente descriptiva e imaginaria de los fenómenos de todo orden, que nos permite usarla como pantalla de proyección de nuestra verdad particular. Atrofia de la palabra, pereza de la lectura y agenesia de la escritura, más o menos a lo largo de nuestra historia personal y nacional. Dependencia de la imagen y aceptación pasiva de lo que ella nos propone, incrementada e irreversible hoy en día con la explosión de los medios y del internet. Ausencia de discernimiento, de discusión y de análisis acerca de lo que la pantalla nos presenta. Extinción progresiva del debate nacional.

Candidez. “Los ecuatorianos somos gente buena” es un eslogan en el que nos gusta creer y que podríamos repetir ante los visitantes. Pastores y prosélitos de la buena conciencia, la ley del corazón y la inocencia del alma bella a nuestra propia manera, no a la de Hegel.

Jamás nos preguntamos por nuestra responsabilidad en aquello que creemos que “nos pasa”. Somos víctimas del destino y de las fuerzas extrañas que nos acechan y de todo el mal que nos viene desde afuera, ignorantes de nuestra ambivalencia xenopática: adoración, sometimiento e identificación inmediata con lo extranjero (xenofilia), y al mismo tiempo suspicacia y repudio de todo ello (xenofobia), que nos impulsan a patéticos y fugaces ademanes de nacionalismo.

Espectáculo. Quedaron atrás los años gloriosos de nuestras batallas de independencia, en los que los habitantes de este país, nuestros antepasados, fueron actores importantes de esos enfrentamientos. Hoy en día, más o menos desde hace un siglo y con la explosión de los medios de comunicación y las redes sociales, el Ecuador es una sociedad de espectadores morbosos y pródigos en comentarios banales e insultos habituales. Pero conviene distinguir entre la condición de *actor*, en tanto sujeto responsable de su palabra, de su deseo y de su acto, y aquella del *actuador*, la de quien no asume responsabilidad y más bien reacciona con agresiones, impulsos verbales y representaciones histriónicas para “hacerse el loco” y evitar las consecuencias de poner en evidencia su deseo.

Infatuación. Creerse algo y alguien en cuanto esencia, dotado de cierta condición excepcional, y los privilegios consecuentes. Como en la protesta del sujeto que se rebela ante el guardia de seguridad que le pide sus documentos: “Usted no sabe quién soy yo”. Exactamente, ¿por qué el guardia tendría que saberlo si el mismo pobre diablo no sabe quién es, más allá de un apellido conocido, un título profesional o un cargo en el gobierno de turno? Una condición acomodada en la satisfacción consigo mismo y en la autocomplacencia. Una posición que no admite crítica ni cuestionamiento. El narcisismo logrado a la ecuatoriana.

Contingencia. En la lógica de las condiciones de la verdad, la contingencia es aquello que puede o no ocurrir y se opone diametralmente y de manera excluyente al orden de lo necesario: aquello que debe ocurrir como una condición para sus consecuencias. Sostenerse en la lógica de lo contingente implica la incapacidad de prevenir y evitar los desastres, y la dificultad para construir lo necesario para ello. En la contingencia cristiana de los ecuatorianos, es la expectativa confiada de que “nada malo ocurrirá porque Dios proveerá”. Es la lógica de los hechos consumados, la que espera las inundaciones y los derrumbes para tomar las medidas que permitan evitarlos.

Novelería-Inercia. Si la novelería es el deslumbramiento ante lo que se presenta como nuevo, poniendo en ello expectativas desmesuradas de cambio y soluciones. La inercia, en cambio, es la tendencia al permanente retorno a un estado anterior o inicial, después de un aparente progreso o ligero movimiento. Por lo regular, aunque parecen contradictorias, la novelería y la inercia coexisten en el mismo sujeto y en las diferentes sociedades, incluyendo la ecuatoriana. Es la combinación entre la expectativa del cambio sin esfuerzo y al apego a los síntomas crónicos, aquellos de los que nos cuesta trabajo

desprendernos. Todo ello hace de la sociedad ecuatoriana un sistema conservador a despecho de cualquier proclama ideológica o afirmación política.

Corrupción. Al final, la pasión más arraigada y extendida de los ecuatorianos, de la que casi nadie se salva, como agente, intermediario, víctima o todas las anteriores dependiendo de cada caso. Rasgo contingente, es decir: puede o no “autorizar” el paso al acto corrupto dependiendo de las circunstancias y de la predisposición estructural de cada sujeto: en arca abierta, los que se creen justos son los que más pecan. Pasión ligada a una histórica y ancestral desautorización de la ley y una adoración al poder en nuestra sociedad, que quizás viene desde nuestra historia colonial y el arraigo de la “viveza criolla” como venganza o compensación ante el extranjero.

La colusión de estas siete pasiones fundamentales y otras determina nuestra propia aptitud para la violencia, desde sus expresiones más cotidianas y aparentemente inocuas, como las que están presentes en el tráfico y pueden matar personas, hasta la violencia doméstica endémica en los hogares ecuatorianos. Una violencia que ha crecido hasta la instauración de ese recurso al servicio de los poderes de turno que se sirven de ella para perseguir a sus detractores. Y el crecimiento de las pandillas locales, que han servido de semillero para la instalación de las grandes internacionales del crimen organizado que hoy tienen secuestrado al Ecuador.

Así, con estos rasgos que han marcado nuestra vida nacional a lo largo de casi doscientos años, podríamos preguntarnos: “¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?”, como se preguntaba César Vallejo, el poeta peruano, en algún parque de París hacia 1935, para escribir su inolvidable poema *Un hombre pasa con un pan al hombro*: una serie de interrogaciones acerca del valor, la utilidad, la importancia y el sentido que tendría hablarles de André Breton, Sócrates, el no-yo, Freud, el tropo, la metáfora, Picasso y las grandes realizaciones filosóficas e intelectuales de la edad antigua y moderna, a los mendigos, tullidos, tuberculosos, albañiles que caen de los andamios, pordioseros que buscan comida en la basura y a los empresarios, comerciantes, políticos y banqueros corruptos que se han enriquecido gracias a la miseria de los primeros (2023, pág. 357). Hoy en día y en este país, sería más o menos como hablarles de la pulsión de muerte a los padres de los adolescentes que cada semana son asesinados por pandilleros rivales, o del grafo del deseo a los mendigos venezolanos que piden en los semáforos de nuestras avenidas, o del goce y sus destinos a los beneficiarios de los sobornos Odebrecht, actualmente prófugos de la justicia ecuatoriana.

¿Con qué valor hablar del psicoanálisis en la sociedad ecuatoriana, fuera de los contados y con frecuencia herméticos círculos de practicantes clínicos y potenciales analizantes? ¿Con qué valor hablar del psicoanálisis a los millones de ecuatorianos comunes, que jamás en la vida han oído de Lacan y que, a lo sumo, y en algunos casos, han oído del complejo de Edipo dependiendo de su nivel socioeconómico y educativo? En principio, no tendría mucho sentido hacerlo, a menos que le apostemos al hecho de que buena parte de la comunidad ecuatoriana de clase media recurre con picardía a la expresión “le

traicionó el subconsciente” cuando observa que otro incurre en un lapsus verbal con el que se compromete a sí mismo. Es decir, aunque Sigmund Freud lo inauguró como el concepto fundamental del psicoanálisis estableciendo sus leyes y su lógica, la sospecha de que algo funciona como un pensamiento en el interior del sujeto y sin su conocimiento, contradiciendo habitualmente su discurso explícito y políticamente correcto, está presente en diferentes estamentos de las sociedades y las culturas, desde antes del padre del psicoanálisis.

Quizás para hablar del psicoanálisis y del inconsciente freudiano a la sociedad ecuatoriana habría que retomar la pregunta del poeta Vallejo por el otro sentido del término *valor* que allí está presente: el que alude a la valentía, a la fuerza y a la firmeza, no de los puños ni de las armas, sino de la palabra. El trabajo constante en las asociaciones está muy bien, para el sostenimiento de la formación y la buena práctica clínica. De igual manera es valioso aquello de lo que mi generación no fue capaz: el abrir un espacio en las instituciones de salud y en otras, esa tarea en la que los colegas más jóvenes están empeñados actualmente. Pero además se trata de salir de nuestros cenáculos para aprender a “hablar como la gente”, para poder decirles algo que les interese a los ecuatorianos que saben que a aquel joven que, en un momento de pasión llamó a su enamorada por el nombre de la mejor amiga de ella “le traicionó el subconsciente”, con todas las consecuencias que ello tiene para una relación amorosa. Porque se requiere mucho trabajo y estudio para llegar a hablar en lo que yo llamo “un correcto lacaniano”. Pero más de eso mismo y sobre todo una cuota importante de valor se requiere para poder hablarles del psicoanálisis a los profanos, como lo hizo tantas veces Sigmund Freud.

Referencias Bibliográficas

- BAUMAN, Zygmunt (2007). *La Sociedad Sitiada*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA BILBAO, Pedro A. (2004). “Nación”, en *Diccionario de Sociología*, Octavio Uña Juárez y Alfredo Hernández Sánchez (Directores). Madrid. ESIC Editores.
- VALLEJO, César (2023). *Poesía Obra Completa*. Madrid. Desván de Hanta.
- VARGAS LLOSA, Mario (1969/1998). *Conversación en La Catedral*. Quito. Alfaguara.